



PRÓLOGO

Por una de esas mil prevenciones ó preocupaciones que tenemos, á veces contra nuestro propio deseo, y casi siempre injustificadas, siendo yo devotísimo lector de Alfonso Daudet, y tan entusiasta admirador suyo que le consideraba como el primer novelista francés del siglo pasado, no sentí nunca el menor afán por conocer las obras de su hijo León. Parecíame que el grato recuerdo que yo guardaba del ilustre apellido, iba á amargarse con una decepción. No tuve jamás fé en el talento de los hijos de hombres de genio. Y esa es la preocupación á que al principio aludí.

La casualidad, más que mi propósito de leerlo, puso en mis manos un libro de M. León Daudet. Hallábame en París á raíz de haberse publicado *LA DECADENCIA*. Momentos antes de montar en el tren en la estación de Lyon, me acerqué á la biblioteca con ánimo de comprar algo que leer en el viaje. No ví, en mi rápida inspección, entre los de los autores de todas aquellas obras estendidas por el escaparate, nombre alguno que me interesara, y, ya el tren en marcha, cogí la primera que hallé á mano. Era esta que os ofrezco traducida.

La leí en pocas horas, sin levantar apenas la vista de ella, y confieso sinceramente que, á medida que fui avanzando en la lectura, fui rectificando mis juicios anteriores, desechando mis prevenciones, hasta reconocer que el actual novelista Daudet, es digno, como tal, de ostentar ese apellido glorioso. Después he leído otras de sus obras, creo que las principales, por que ya ha publi-

cado muchas, y cada una de ellas me ha confirmado más y más en esa mi nueva opinión que LA DECADENCIA me hizo formar de él.

No supera á su padre—esto sería casi imposible—no le iguala siquiera, en algunas cualidades eminentes, en las descripciones, por ejemplo, así de paisajes como de ciertos estados de ánimo de los personajes de sus novelas. Pero esto nada dice en contra de Daudet, hijo, porque en el padre fué don especial, que en nadie más he vislumbrado, como no sea en los hermanos Goncourt, el poder llevar á las páginas de sus obras para comunicárlas al lector *íntegras*, las más refinadas emociones artísticas que es posible recoger al alma de un poeta.

En cambio, nada desmerece el autor de LA DECADENCIA, ni comparado con el de «Los Reyes en el destierro» ni con cualquiera otro, en todo cuanto constituye un gran novelista moderno, en la presentación de sus personajes, en la finísima observación con que los estudia en el curso de las obras, en la «trabazon» interna de las mismas, en el desarrollo y naturalidad de los acontecimientos, en la verdad de los hechos, en la pintura ó descripción de la época y del medio que elige, en el interés de los argumentos, en la valentía, nerviosidad, y, al mismo tiempo, discreción con que fustiga lo que cree merecedor de censura; sano empeño en que jamás se le vé, sin embargo, látigo en mano, queriendo conducir como á una pira á sus lectores, según ocurre con otros novelistas más afamados.

No quiero desflorar el encanto que habeis de hallar en esta obra, anticipándoos noticias de ella; pero no puedo sustraerme al deseo de expresar mi admiración por muchos de sus pasajes, y me perdonaréis que así lo haga, porque ha de sucederos cosa semejante á vosotros. Después que los saboreéis, habréis de sentir la necesidad de comentarlos, de hablar de ellos con alguien para refrescar las sensaciones que os habrán producido.

Desde luego, el mérito mayor de esta novela está, á mi juicio, en la exacta idea que en ella se dá, del medio en que se desarrolla, de la vida de Paris, de aquella sociedad decadente y viciosa, tan parecida, al cabo de los siglos, á aquella otra corrompida y asquerosa que dió al traste con el imperio romano. Parece fácil á primera vis-

ta, y es acaso lo más difícil para un autor de novelas, dar amplitud á sus cuadros, alejar los horizontes para que dentro de ellos se muevan no sólo las figuras principales, sino todas las de la sociedad á que éstas pertenecen, á fin de que el lector pueda darse cabal idea de tal sociedad. Y León Daudet salva ese escollo, realiza esa habilidad en LA DECADENCIA, de un modo admirable. En esta su obra no se pinta, como en las más de su índole, un trozo de vida, el luchar de un grupo de gentes. Aquí se presenta la vida de Paris en general, los afanes y el modo de ser de toda una sociedad ébria de materialismo. Yo no sé si el autor, al dar á su obra el título tan acertado que lleva, aludió á unos pocos individuos, á unas familias solamente; pero lo que sí puedo asegurar es que á través de estas páginas que vais á leer, se vé una decadencia hartó más extensa, y no soñada por un poeta, sino real y verdadera.

El mismo Zola, el pintor de las muchedumbres, no logró más que en algunas de sus obras, dar á sus cuadros, indecentes muchas veces, pero siempre asombrosos, esta amplitud que León Daudet dá á los suyos en LA DECADENCIA. Y ningún otro de los grandes maestros de la novela contemporánea, ha conseguido siempre, sino sólo en ocasiones también, ese mismo resultado de hacer ver á través de un libro una época entera. Es muy fácil, relativamente, describir una familia, unas cuantas personas, una docena de caracteres perfectamente dibujados, perfectamente humanos y que den una idea más ó menos aproximada de sus semejantes contemporáneos. Pero presentarlos de modo que se vea en ellos á sus semejantes mismos, darles una especie de transparencia que permita contemplar á cuantos están detrás, y que de no ser así sólo se *suponen*... eso ya no es tan hacedero, y quien lo consigue una vez siquiera, es un maestro.

Ocurre con esto lo que con las pinturas de paisajes. Hay muchos pintores que os podrán presentar un lienzo hermoso, en que veais un trozo de naturaleza perfectamente reproducido, exactamente copiado, ante el cual tengais que confesar que aquello es la verdad misma, en pequeño. Pero un cuadro que os arranque esa misma confesión, y que al mismo tiempo os ofrezca la visión completa de la naturaleza, de lo más y lo menos inme-

diato á lo principal en las justas proporciones, de las lejanías borrosas y del horizonte dilatado; que os dé, en fin, la impresión acabada del lugar escogido por el pintor para su obra, como os la diera la contemplación directa de aquel lugar, no esperéis, no, que os le muestren fácilmente, porque prodigio tal está reservado á muy contados genios de la pintura.

* * *

Cualidad saliente, esencial para un gran novelista, es también en León Daudet, la personalidad inconfundible que dá á sus personajes, sin hacerlos por eso extravagantes, ni siquiera extraordinarios, antes bien dotándolos de una perfecta naturalidad, poniéndoles un sello de «humanidad», de vida, de verdad, que parecen «salirse dellibro»—permítase la metáfora, tan corriente hablando de pintura—y querer echarse á andar por entre los demás mortales.

Estoy seguro de que el lector, terminada la lectura de esta obra, ha de recordar alguna vez sus personajes, dudando si son ficciones creadas por un escritor, ó seres reales, de carne y hueso, que ha visto y tratado en otra ocasión. No á título de reclamo para este libro, puesto que quien lea estas líneas, probablemente, ya lo habrá comprado, sino como expresión sincera de mi entusiasmo y de mi admiración, declaro que creo imposible llegar en ese punto á mayor perfección que la que ha alcanzado el autor de LA DECADENCIA en esta novela.

—Son retratos—podrá decirse—de gentes que él conocía.

Tal vez. Pero ¿qué importa? Están perfectísimamente hechos, con todo el colorido y todo el relieve y toda la realidad que tenían los originales. Y aun es así mayor el mérito del artista, por que tengo para mí que es harto más difícil *copiar* fielmente un carácter, que crearle.

No todos los que leen novelas, sino unos pocos, lo hacen con detenimiento. Lo general es que se lean por distracción, y no puede pedirse al público que se pare á analizar la estructura de ellas, su «armazón», digámoslo así. Pero á esos pocos á quienes por analogía de oficio ó de aficiones con el autor, gusta realizar tales análi-

sis, yo les invito á estudiar con alguna detención los tipos de esta obra, y espero que han de agradecerme este toque de atención que les doy, por que no es frecuente hallar en modernos libros, labor tan concienzuda y tan artística.

Prescindase por un momento de los puntos de vista que ha tenido el autor. Ya es conocida en España su filiación nacionalista, y claro es que quienes tengan antipatía á ese partido político, que yo admiro por el patriotismo que revelan sus hombres, han de hallar exageradamente pesimistas las consecuencias que hace vislumbrar Daudet, como nacidas de un estado de cosas que él juzga deplorable. Prescindase, repito, de esa circunstancia, que para mí avalora más y más este libro, examínense sus personajes en sí, netos, desposeídos de antecedentes, vistos sólo en la obra, y no habrá quien niegue el acierto maravilloso del autor en la presentación y estudio de toda esa notable galería de tipos, de esa Maria Aubryet, *née* Montmelian, desventurada, que debiendo ser buena es neciamente mala, víctima de su educación y del medio en que vive, hasta que su mismo dolor la enseña el buen camino; de su marido, aquel Francisco Aubryet, perezoso, débil, sin voluntad, de cuyo espíritu y de cuyo cuerpo nos dá el autor tan acabada idea, que concluimos por figurárnosle, más que como un ser, como algo semejante á una masa informe, blanda y pegajosa, sintiendo así hacia él toda la repulsión que el novelista quiso que inspirara tal criatura; de Juana Verneuil, la aventurera, la ambiciosa, la calculadora fría, de corazón pequeño, incapaz de amar, pero no de engañar, vanidosa y viciosa, descarada, tipo perfecto de *cocotte*, embaucadora de imbéciles como Francisco; de Laura Montmelian, la comedianta del dolor, que alimenta su espíritu con penas que ella misma se busca, la risible enamorada de lo dramático, la fastuosa y cómica limosnera, la madre estúpida que jugando con los sentimientos, hace desgraciada á su hija; de la bohemia Sofia, derrochadora y gorróna, belleza gastada en la orgía y en el vicio, y refugiada en una ridícula é inoportuna pasión artística, la pasión de la música; del bandido Darnot, ese hombre capaz de todo lo que no sea bueno, alcahete, secretario desleal, enamorado cínico de una muger que acaso hasta fuera

su hija, y al fin ladrón, asesino, todo; del viejo Verneuil, el obrero artista de Montmartre, socarrón y humorístico; de Aubryet, padre, eternamente ocupado en amoldar la vida á las exigencias teatrales; y de aquellos Fonteroy, tan admirablemente esbozados, y del utopista Ursneur, y de los Charamol, y del pintor Saverne, y del matrimonio Froncin, cuyo marido, la única persona decente de toda esa caterva de degenerados, representantes de una sociedad que blasona de culta, cuando se halla en el último período de la decadencia, tiene que eliminarse pegándose un tiro...; de todos, en fin, desde el primero hasta el último, cuantos figuran más ó menos en la obra...

Y no he querido citar en esa rápida evocación de los personajes de LA DECADENCIA á Ignacio Salientés, nuestro compatriota, porque á este he de dedicarle párrafo aparte, que bien lo merece quien tan dignamente nos representa en esa novela, siendo en ella el sólo ser noble, de sentimientos puros, de espíritu levantado, el sólo ser humano en medio de una sociedad de gentes convertidas en bestias por el materialismo, según el autor, que debe conocerla, dice por boca de él.

Ese es un título más que este libro tiene para que nosotros, los españoles, no le regateemos nuestros aplausos. Titubeando en ocasiones, como quien habla de un hombre de raza muy distinta de la suya, equivocándose alguna vez en sus juicios, Mr. León Daudet, analiza el carácter de Salientés con un cariño, con una admiración tan grande hacia él, que fuera en nosotros ingratitud imperdonable pasarlo por alto, y mucho más cuando en ese nuestro compatriota compendia todas las perfecciones, presentándole como contraste vivo de los demás personajes de la novela, á cual más ruines, á cual más despreciables. Es verdad que al final casi le iguala á ellos casándole con Juana, cuyo arrepentimiento no creo bastante para que un hombre honrado, conocedor como Ignacio de su historia, la diera su nombre. Pero el amor puede acaso disculpar tal degradación, y en todo caso el asunto pudiera ser discutible. Lo que no lo es, lo evidente, es que en el curso de la obra es él, un español, el único personaje sano, digno, noble, generoso, concienzudo; y un español que cree y reza, circunstancia que

hace notar el autor, á quien debemos suponer de vuelta ya del conocimiento de todos los radicalismos de su país.

Ese mismo cariño con que el novelista estudia á Salientés, se observa en cuantos párrafos dedica á hablar de España ó de sus gentes, con la sólo excepción del intérprete del hotel de Granada. Recuérdense sus entusiasmos por las malagueñas que cantaba Ignacio en casa de Laura Montmelian, sus descripciones de la Alhambra y de la sierra y llanó de Córdoba, acaso los pasajes más sentidos y más hermosos del libro, y se verá en él un enamorado de nuestra patria, á quien debemos gratitud profunda.

* * *

«Historia moral» llama el autor á su obra al dedicársela al Coronel Marchand, y con fundamento puede llamarlo. Me cuidaré yo muy bien de recomendar la lectura de este libro á todo el mundo; antes por el contrario, advierto lealmente que no es novela que deba dejarse en ciertas manos, en manos de jóvenes incentes, porque, aunque no haría sentir á nadie más que una profunda repulsión hacia el vicio y la mala vida y las costumbres desarregladas que describe, iniciaría á aquellas gentes en conocimientos que para nada necesitan, que cuanto más tarde entrevean, mayor bien tendrán. Pero los ya iniciados en tales conocimientos, hombres y mujeres, cuantos por su edad ó por su estado sepan lo que hay tras la pureza aparente del vivir de la generalidad de sus semejantes, cuantos se hayan asomado al interior de la existencia humana, cuantos hayan salido de la ignorancia feliz de los pocos años... esos, lean, lean LA DECADENCIA, porque en ella, á través de frases que crearán tal vez demasiado crudas, de pasajes que les parecerán sobrado naturalistas, han de hallar siempre un fin moral inmejorable, claro, transparente, que les incitará con fuerza potente el cumplimiento de todos sus deberes.

Ya lo he dicho antes: no conozco las intenciones que tuvo el autor al escribir esta obra, aunque, conociendo sus ideas políticas, creo adivinarlas. Pero cualquiera

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

que fuera la extensión que quiso dar á las enseñanzas que se desprenden de este libro, esas enseñanzas son universales. No es sólo la decadencia de una familia la que se presenta; es la decadencia de una raza, de una nación, y, por tanto, no á determinadas familias solamente, sino á todas y á todas las naciones alcanzan aquellos ejemplos. A nosotros, los españoles, que tanto nos aficionamos á las cosas francesas, que tan servilmente imitamos sus usos y costumbres, que hasta tomamos por modelo sus leyes, puede sernos más que á nadie saludable la lectura de este libro, expresión sincera y valiente de un verdadero patriota francés, que combate noblemente los males de su país, evidenciando las consecuencias fatales de aquellas leyes y costumbres.

Ningún sentimiento que no sea de afecto, me inspira el pueblo francés. Leí su historia, y, dando al olvido añejos resentimientos que pudiera inspirarnos á los españoles, me maravilló lo mucho que de glorioso hay en sus páginas. Viajé por aquel país, y, aunque acaso mezcladas con humillantes compasiones alguna vez, recibí allá atenciones y pruebas de amistades sinceras que me obligan al agradecimiento. He tenido ocasión de conocer las obras de sus grandes artistas, no todas, ni bastante á fondo, pero lo suficiente para formar yo un juicio particular, íntimo y sentir ante ellas una profunda admiración. Y la labor de sus hombres de ciencia, y los progresos de su industria, y la riqueza de su agricultura... motivos son todos más que sobrados de alabanza universal.

Sin embargo, me atrevo á hacer esta afirmación: mala, muy mala, desastrosa es la situación de España; pero no es más halagüeño que el nuestro el porvenir de Francia, de esa Francia sin fé, y sin otro ideal que el de satisfacer bajos apetitos, de esa Francia sometida al imperio del *cocottismo*, entregada á la lujuria sin freno, de esa Francia de los adulterios, del divorcio puesto á merced de todas las pasiones, y de la infecundidad voluntaria, convertida en necesidad matrimonial...

Y siendo así, entiendo que las únicas lecciones provechosas que de ella debemos aceptar, son estas que nos ofrecen, al descubrir el interior de su patria para airearla y desinfectarla, los hombres sanos que aún quedan

en ella, los que han de salvarla, si salvación tiene todavía.

* * *

Para terminar, y para que no todo sean alabanzas á esta novela, diré que hay en ella una cosa que no me agrada: el epilogo, desterrado ya hace tiempo de las obras de esta naturaleza, y del cual yo suprimiría... todo, á no ser aquellos sus tres últimos párrafos, que son sencillamente admirables. Se que hay muchos lectores á quienes gusta este modo de concluir, que quieren saber punto por punto la suerte que cupo á cada uno de los personajes. Pero me parece que el público culto é inteligente, que es en el que debe pensar el novelista que aspire á alcanzar una reputación sólida y duradera, sabe pasar ya muy bien sin esas noticias de comadre, de la última hoja, que, si satisfacen vanas curiosidades, destruyen la verdadera sensación artística que hubiera dejado la obra, y desvanecen la emoción que esta misma obra causara.

Siquiera no sepa yo ponerlas en práctica, profeso acerca del particular las teorías de Edmundo de Goncourt, teorías que si no son ya leyes, como lo fueron algún día, son, y serán siempre, las que hayan de consultar cuantos quieran rendir culto en sus novelas á la verdad, á la naturalidad y á la belleza artística.

D. F. y G.

BARCELONA.





CAPÍTULO PRIMERO

Noche de fiesta

EL 18 de Mayo cumplía veinticinco años María Aubryet, hija única, y con tal motivo estaba de fiesta la casa de su madre, Laura Montmelian, la sola propietaria, desde la muerte de su marido, de los inmensos almacenes del *Nuevo París*, que hacen esquina al boulevard Montmartre.

Los lujosos salones del hotel particular, calle de Borgoña, ocupaban todo el piso bajo, y tenían vistas sobre un parque admirable, en que los tibios rayos de una luna primaveral contrastaban con los de las linternas rojas colgadas de los árboles. La orquesta estaba sobre una florida terraza.

—Queremos perfumar los walses—decía melancólicamente la señora de la casa, que gustaba de añadir al sentimiento neto de las cosas un romanticismo característico.

Era esta señora, Laura Montmelian, mujer de unos cincuenta años, todavía bonita, unas veces im-